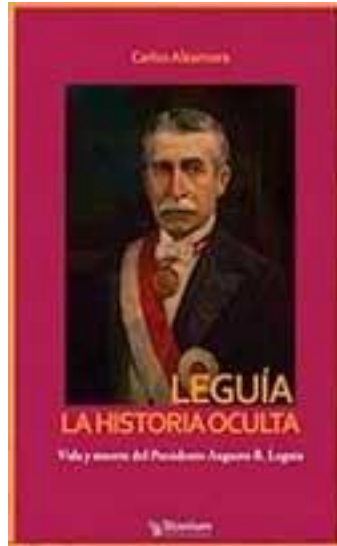


## LEGUÍA LA HISTORIA OCULTA



Hay libros de biografías que pretenden ser objetivos con el tema y con el personaje que abordan. Hay otros que, por el contrario, toman partido por un determinado punto de vista y defienden o denuestran al biografiado. Estos libros de combate esconden, por lo general, serias deficiencias del autor y solo tienen propósito de propaganda pasajera. Pocas veces esta clase de libros panegíricos cuentan con un plan serio, datos interesantes y buena prosa. Este es el caso excepcional del libro del Embajador Carlos Alzamora: *Leguía la historia oculta. Vida y muerte del presidente Augusto B. Leguía*.

### **Una obra sobria.-**

El autor presenta un libro bien escrito y sobrio, propio de un profesional de la diplomacia. Se han descartado las citas eruditas o notas a pie que muchas veces entorpecen una lectura corrida. Y este es un primer acierto. Un vivo alegato a favor del ex presidente que pretende desenmascarar a poderosos y soterrados enemigos como los ex civilistas, podría haber transitado fácilmente por los senderos de la diatriba. Habríamos en este caso tenido un libelo intrascendente. Uno más en el océano nacional.

## **La reivindicación de Leguía.-**

Alzamora se lanza a una quijotesca labor de rescate que en los últimos años va captando mayores adeptos: reivindicar la memoria del ex presidente que gobernó el Perú con mano de hierro en cuatro períodos. El primero de 1908-1911 y el resto de forma continua desde 1919 a 1930, en lo que la historia reconoce como *El Oncenio*.

En verdad este camino comenzó a abrirse debido en buena parte al devoto amor filial de doña Enriqueta Leguía quien ha publicado en esa dirección muchos libros, a pesar de que no siempre con la precisión intelectual necesaria.

## **Los enemigos poderosos o los molinos de viento.-**

El autor desarrolla la tesis de la mano negra. Nos dice que la grandeza de Leguía ha sido acallada a propósito por soterrados y poderosos enemigos. Una confabulación del silencio ha descendido sobre su preclara figura. Un plan macabro de los civilistas para denigrar al gran hombre y estadista. ¿Qué razones respaldan esta tesis? a nuestro juicio ninguna.

Leguía fue un destacado miembro del partido civil. Con este apoyo decisivo llegó, precisamente, a ocupar la primera magistratura en 1908. Ya instalado en el poder dio muestras de independenciamiento y de caudillo y terminó su periodo enemistado con su partido. Posteriormente, andando 1919, se presentó como candidato independiente, lo cual era totalmente lícito. Sin embargo, acá ya su discurso había cambiado. Tomó esta vez las banderas del anticivilismo y los combatió desde el poder. Los acusó y se les enfrentó con un mensaje radical. Ellos eran sinónimo de oligarquía, castas y privilegios.

Habían fundadas razones, entonces, para que los civilistas sean a su turno antilegüistas. Son los juegos y pasiones ordinarias del poder. Sentían que éste los había traicionado. No en el aspecto económico, es verdad, porque no hubieron expropiaciones, ni exacciones de la propiedad, pero sí en el plano político.

Sin embargo, el civilismo murió con Leguía. Resucitó breve tiempo con Sánchez Cerro y algo con Oscar R. Benavides para luego hundirse definitivamente en el olvido. De esa muerte ya pasaron más de 80 años y han desfilado muchos presidentes, incluso algunos de corte anti oligárquico como el general Velasco... ¿Y nos quieren decir que siguen aún digitando la historia de Leguía?

### **La amnesia de Leguía.-**

El olvido de Leguía, en verdad, no es sino parte del mismo triste olvido e inconciencia histórica hacia muchos hombres preclaros que tenemos los peruanos desde muy antiguo. Falta de cultura, carencia de espíritu cívico y crítico y desconocimiento de la historia nacional son los ingredientes básicos de esta amnesia nacional hacia los grandes héroes y padres de la patria. No hay otra confabulación sino de estos agentes nocivos propios del subdesarrollo intelectual.

### **Lo mejor de Leguía.-**

Leguía fue el mejor alcalde de Lima. Sus obras extraordinarias de desarrollo urbano transformaron una aldea en una capital moderna. Empero, a nuestro juicio, lo más destacado de su actuación pública fue que, contra viento y marea, y en medio de azarosas circunstancias, luego de más de 100 años de vida independiente, pudo cerrar cuatro de las cinco fronteras que tiene el Perú.

Un país rodeado de cinco vecinos sin fronteras definidas era caldo de cultivo para la guerra, la inestabilidad y el atraso. Una clara visión geopolítica reclamaba la urgencia de celebrar tratados de amistad. Leguía, como ningún otro mandatario, tuvo la enorme valentía y la visión geopolítica para lograr este objetivo fundamental de la república.

En su primer gobierno celebró el tratado Polo-Sanchez Bustamante con Bolivia y el tratado Velarde- Rio Branco con Brasil que pusieron fin a los enfrentamientos y amenazas de ambos lados. Cerró la frontera con Colombia mediante el cuestionado tratado Salomón-Lozano del 24 de marzo de 1922, ratificado por el Congreso el 20 de diciembre de 1927.

Asimismo, llegó a un acuerdo con Chile para delimitar la frontera terrestre mediante el Tratado de Lima de 1929.

A pesar de que en su momento fue insultado y acusado del terrible y su vez ligero mote de traición a la patria, ningún gobierno sucesivo se atrevió jamás a impugnarlos o denunciarlos. Una vez difuminadas las pasiones del momento se reconoció su obra y tremendo coraje. Hoy mismo el Tratado de Lima ha sido un sólido baluarte del país en su pretensión de demarcación de la frontera marítima con Chile ante la Corte Internacional de la Haya.

### **Los lunares de Leguía.-**

El expresidente se creyó el único individuo capaz de conducir el país en la cresta de la ola capitalista que arreciaba en América Latina. Se comió por entero el cuento del hombre providencial que describe el historiador británico Thomas Carlyle. Error de perspectiva en el que incurren desafortunadamente todos aquellos que saborean el plato exquisito del poder absoluto.

Alzamora nos relata con detalles cómo se gestaron las dos reelecciones de Leguía, modificando su propia Constitución de 1920. La primera por un período en 1924 y la segunda indefinida en 1929. Nos recuerda – y es verdad – que contó con la aprobación mayoritaria del pueblo y con la unanimidad del congreso. Incluso anota que el pedido de la reelección presidencial indefinida fue propuesto por Carlos de Piérola, hermano del Califa, principal opositor de Leguía y quien encabezó el 29 de mayo de 1909 ese intento violento y a la vez pueril de sacar del Palacio de Gobierno al presidente para exigirle su renuncia. Este hecho Leguía lo recordaría como una efemérides cívica -pública llamándolo *día del carácter*.

El Perú es desde tiempos virreinales un viejo país de áulicos. Y en este camino Leguía superó a todos. Hasta San Martín y Bolívar palidecen en este coro de ditirambos, loas y aplausos. A la manera de un rey oriental auspició estos excesos tragicómicos. Uno de los más significativos para entender su psicología de caudillo acaso sea la estatua suya de cuerpo entero que durante su mandato se exhibía en la

Plaza de La Victoria, hoy plaza Manco Cápac. Hasta allí – en pleno auge del oncenio -acudían delegaciones de colegios y partidarios para rendirle homenaje al héroe-presidente.



Estatua de Leguía durante el oncenio

### **La corrupción en los dorados años veinte.-**

Destacados intelectuales como Víctor Andrés Belaúnde, Manuel Vicente Villarán y Chirinos Soto condenan en sólido bloque todo lo que representó el oncenio. Este último concluye que Leguía fue tirano, pero no ladrón, porque murió pobre. Esta misma versión idílica la recoge Alzamora precisando que no hubo corrupción, sino enriquecimiento legal debido al vasto plan de grandes obras públicas que promovió. Nosotros discrepamos de esta tesis.

El Tribunal de Sanción Nacional que se creó expresamente para encontrar y sancionar a los corruptos del régimen leguista fue tan inoperante, como inconstitucional. Al final, por su incapacidad manifiesta, pareció extender un certificado de buena conducta a los investigados. Empero, las investigaciones realizadas por el comité de finanzas del Senado de los EEUU en 1932, a propósito de la irregular emisión de bonos para préstamos al país por 106 millones de dólares

proporcionarían el dardo de muerte al régimen. Colocarían, a nuestro modo de ver, su epitafio en el tema moral.

Los banqueros de New York interrogados por los senadores americanos revelaron que por la emisión de bonos pagaban a funcionarios peruanos corruptos una ilícita comisión entre 0.5 y 0.75% del valor nominal de los préstamos. Y a quien habían abonado esas enormes coimas era nada menos que a Juan Leguía, díscolo y leal hijo del presidente. Este había recibido en su cuenta corriente depósitos alrededor de un millón de dólares.

Alfonso Quiroz en su extraordinario trabajo "*Historia de la corrupción en el Perú*" concluye que el Oncenio de Leguía fue el más corrupto de la era de la modernización y señala que el costo de esta lacra alcanzó entonces el rating de 3.8% del PBI. El citado libro de Quiroz ilustra al detalle esta danza carnavalesca en los dorados años veinte.

### **La traición de Judas.-**

Para que el mito de la confabulación sea completo, el Mesías debe tener un Judas que lo traicione. Mientras más cercano y pérfido mejor. Sería éste el chivo expiatorio adecuado para tratar de explicar, en términos simplistas, la caída de la estrella. En el caso de Leguía su Judas se llamó Foción Mariátegui.

Siguiendo la misma posición del publicitado folleto "***Yo tirano yo ladrón***" atribuido al ex presidente, el libro lanza el terrible baldón de traición sobre los hombros de Mariátegui, su pariente, hombre de entera confianza, de su círculo íntimo y destacado político que ocupara la presidencia de la Cámara de Diputados, entre otros altos cargos. Se le acusa de haber garantizado el ascenso de Sánchez Cerro y su nombramiento como Jefe de la guarnición de Arequipa en mayo de 1930 donde se produjo, el 22 de agosto, el golpe que lo echó del poder. Incluso insinúa la macabra idea de que éste coordinó los detalles del golpe en su viaje a las instalaciones militares del Cusco y Puno.

Mariátegui, dice el autor, esperó la recompensa por su perfidia, pero fue ignorado por los nuevos amos del país. Por su contribución salió al menos bien librado en la cruel persecución que se desató contra los partidarios del régimen. Se refugió un tiempo en la Embajada de Chile de la que salió para perderse para siempre en la bruma de la historia.



¿ Traicionó Foción Mariátegui a Leguía ?

### **Dictadura o dictablanda.-**

Su gobierno fue uno de mano dura, pero sin ningún fusilamiento, ejecución o vil asesinato. Leguía era, después de todo, un gentleman con fina educación inglesa. Un amante de la hípica. Un hombre de negocios moderno y por tanto práctico. Carecía de afición por las ideologías que por entonces incendiaban Europa. Ese trabajo intelectual lo dejaba en manos de colaboradores mejores dotados como Mariano H. Cornejo o Javier Prado.

No era un ser instintivo o primitivo como Gamarra, Salaverry o su sucesor Sánchez Cerro. Por temperamento prefería primero convencer. De no tener resultado acudía, entonces, al expediente de comprar conciencias. Así lo hizo con el brillante y joven periodista José Carlos

Mariátegui (pariente de Foción y a quien éste recomendó), el futuro pensador socialista, a quien desde 1919 hasta 1923 le concedió una beca como agente publicitario en Italia.

Influyó en el Congreso y en casi todas las instituciones nacionales. Bajo su manto languidieron los municipios nombrados a dedo, los tres congresos regionales, la Corte Suprema, el ejército y hasta la iglesia católica. Así se dieron las dos reelecciones y la aprobación del tratado con Chile.

Por paradoja, el Perú nunca fue más centralista y nunca más limeño que cuando este presidente indigenista, provinciano y favorecedor de las clases medias enarbolaba como banderas legítimas la tan reclamada descentralización del país y el retorno a la cultura andina.

### **Haya y Leguía.-**

El libro es sabroso por la cantidad de anécdotas interesantes que recoge. Como aquella que Leguía dijo en mayo de 1923, en plena campaña contra la maniobra política de consagración del país al Corazón de Jesús, cuando un joven orador con verbo inflamado en la Plaza Mayor despotricaba contra él refiriéndolo como tirano. Le sugirieron que lo aprese, pero él ordenó que lo dejaran tranquilo, porque en su concepto "*ese joven tenía futuro*".

Ese joven, algunas décadas más tarde, transitando ya por la ancianidad, en 1978, se referiría a Leguía ya no como tirano o demagogo, mercader, burgués o con otros duros epítetos como lo había calificado en su primer libro (*Por la emancipación de América Latina 1927*), sino como "*el mejor presidente peruano del s. XX*". Su nombre Víctor Raúl Haya de la Torre.

¿ Que había pasado ? El Haya de los años 20 no era el mismo de los 80. El primero blasfemaba contra el "capitalismo yanqui". El segundo lo aceptaba. Y en esto coincidía con Leguía quien fue el primer y principal promotor de las inversiones americanas en el país.



## **Su muerte dolorosa no justifica ni aciertos ni errores.-**

El último año y medio de Leguía preso, incomunicado y vilipendiado, sin recibir ni siquiera la humanitaria asistencia médica de su doloroso cáncer de próstata, debe ser condenado categóricamente. A un ser humano, y menos a un ex presidente, jamás se le puede dar ese trato cruel que mancha más a sus victimarios que a su propia víctima.

Sin embargo, ese episodio indigno y rechazable no justifica de modo alguno que se le ensalce sin medida. Tampoco, desde luego, avala que sus muchas y buenas obras sean canonizadas y consideradas insuperables.

Haciendo un análisis contrafáctico, pensamos que si Leguía en 1924 hubiese cedido voluntariamente el mando, por ejemplo, a su primo Germán Leguía y Martínez, hombre de muchos méritos intelectuales y de templanza o algún otro delfín en 1929, quizá no hubiese tenido ese terrible fin. Y lo más importante hubiese ahorrado al país el triste y doloroso paso de la liquidación del Oncenio y los años terribles de 1930-1933. Y quizá, entonces, también se hubiesen valorado mejor las muy importantes obras que dejó en bien del país.

Se empeñó, pues, en permanecer aferrado al poder y le sucedió a él y a su obra lo que le pasa a los que detentan el poder más allá de sus fuerzas y del pulso de la historia.